

LA HIGUERA:

Es originaria de Asia Occidental. Cuando es joven, sólo lleva fruto si está en un suelo rico (Lc. 13:6-9). Al envejecer, la higuera degenera rápidamente; descuidada no produce mucho (Prov. 17:18). En primavera, la higuera da sus higos tempranos antes de cubrirse de hojas, sobre las ramas crecidos el año anterior, y reciben el nombre de pag (higos verdes) (Cant. 2:13). Si el árbol no tiene higos verdes cuando aparece el follaje, no habrá higos.

La higuera es un árbol muy apreciado; la Biblia lo menciona en muchas ocasiones junto a la vid (Deut. 8:8; Sal. 105:33; Jer. 5:17; Jl. 1:12).

“Nadie sabe lo que hay en la olla, solo el que la mueve”

Han pasado más de dos mil años, pero la historia es la misma. Jesús aún busca frutos, aún tiene hambre. Es posible que conozcas la historia, tal vez tú seas parte de la historia, o tú seas la historia.

Era una hermosa tarde de primavera. Jesús había decidido ir a Jerusalén. Durante todo el día El y sus discípulos habían estado llevando la Palabra. Se tomaron un momento para descansar y tal vez planificar lo que harían al entrar a la gran ciudad. El momento llegó y partieron hacia Jerusalén. Tal vez en el camino los discípulos sintieron un poco de miedo, pensando en lo que podría sucederle. ¡Cuántas veces Jesús les platicó sobre su destino en la gran ciudad! Pero ellos se sentían llenos de gozo y sentían un profundo amor por Su Maestro. Así que lo seguían con entusiasmo.

Ya estaban muy cerca. Frente al monte de los olivos se detuvieron. ¿Qué sucede? Se habrán preguntado. Fue entonces cuando Jesús le dijo a dos de sus discípulos: “Id a la aldea que está enfrente de vosotros, y luego que entréis en ella, hallaréis un pollino atado, en el cual ningún hombre ha montado; desatadlo y traedlo. Y si alguien os dijere: ¿Por qué hacéis eso? Decid que el Señor lo necesita, y que luego lo devolverá.” Los amigos de Jesús fueron, y tal y como el Maestro les dijo así pasó. Y lo que El les dijo que dijeran, eso dijeron: “El Maestro lo necesita”

¡Qué impresionante fue aquella entrada a Jerusalén! ¡Cuánta algarabía! La gente se quitaba las capas y las echaban a los pies del Maestro, cortaban ramas de árboles y las tendían por el camino. ¡Qué júbilo tan inmenso! Aquél, el que había hecho tantas maravillas, entraba a la gran ciudad. La gente elevaba su voz en aclamaciones de alabanzas: “¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Bendito el reino de nuestro padre David que viene! ¡Hosanna en las alturas!

Al caer la tarde llegaron al templo y Jesús sin decir ni una sola palabra hizo una inspección ocular del lugar y de lo que allí estaba pasando. De allí partieron hacia Betania para pasar allí la noche. No se escuchaban las exclamaciones. La noche transcurría en un ambiente semicaldo y silencioso. Todos se dispusieron a dormir.

Paso la noche y llegó un nuevo día. En la mañana salieron de Betania. Jesús tuvo hambre. A lo lejos vio un hermoso árbol de higos, estaba llenito de hojas. Jesús esperaba encontrar fruto en el mismo. Me parece ver y oír a Jesús diciendo a sus discípulos: “vayamos a buscar algo de comer.” Tal vez hasta se echaron una carrera, con gran algarabía y en competencia del primero que llegara hasta el árbol. ¡Cuán grande fue la sorpresa para ellos, no había frutos. Quizás Jesús los miró disimuladamente para ver la reacción de sus amigos. El, que todo lo sabe, ya sabía que no había frutos, pero fue hasta el árbol, lo miró fijamente y le dice: “Nunca jamás coma nadie fruto de ti.” Los discípulos lo oyeron, pero nada dijeron.

Jesús y sus amigos prosiguieron su camino devuelta a Jerusalén. El día anterior, cuando Jesús entró en el templo, vio y oyó a los mercaderes haciendo sus negocios, pero no dijo nada. En esta ocasión iba decidido a limpiar “la casa de Mi Padre”. Para sorpresa de todos, Jesús comenzó a echar a los mercaderes fuera del templo, volcó las mesas de los cambistas, abrió las jaulas de los animales y aves “y no consentía que nadie atravesase el templo llevando utensilios”. Allí el Maestro dio una gran lección de respeto y reverencia a “la casa de Mi Padre”, reprendiéndoles con las palabras: “la casa de mi Padre será llamada casa de Oración para todas las naciones y ustedes la han hecho una cueva de ladrones.” Los religiosos de la época nada hicieron, aunque su deseo era matar a Jesús. Todos se quedaban admirados de su doctrina.

Pasó otros días de euforia y trajín en la vida de Jesús y sus amigos. Llegó la noche. Jesús y sus discípulos salieron de la gran ciudad. Esa noche, me parece verlos sentados a la luz de una lámpara y Jesús hablando con sus amigos, acerca de todos los acontecimientos del día y explicando algunos de ellos. Tal vez nada se dijo sobre la maldición de la higuera, tal vez si lo tenían muy presente.

Al llegar la mañana, partieron de aquel lugar. Necesariamente tenían que pasar por el mismo camino por el cual habían pasado, la mañana anterior. ¡Cuán grande fue la sorpresa para los amigos de Jesús, cuando vieron la higuera seca! Tan pronto la vieron, Pedro le dijo al Maestro: “Maestro, mira, la higuera que maldijiste se ha secado.” Jesús lo miró y con voz pausada, sin coraje, sin menosprecio, le dijo a Pedro: “Tened fe en Dios.” Y allí mismo Jesús le dio un Seminario Bíblico a sus amigos sobre lo que es tener fe en Dios.

Dios conoce cada árbol que ha plantado en su huerto. Sembró cada uno para que diera su fruto. Jesús conoce los tiempos y las sazones en que los árboles producen su fruto. Aunque era primavera, se suponía que la higuera tuviera los higos tempranos, antes del follaje, pero no había nada. No había ni al 100 ni al 60 ni al 30. No había nada.

Si nos vamos al libro de Isaías capítulo 5, nos habla sobre un hombre, que plantó una viña. La lección dice así: “Tenía mi amado una viña en una ladera fértil. La había cercado y despedregado y plantado vides escogidas; había edificado en medio de ella una torre y hecho también en ella un lagar; y esperaba que diese uvas, y dio uvas silvestres.” ¡Qué desilusión para el labrador! Tanto trabajar y no hubo resultados positivos. Entonces el labrador maldijo la viña. Le quitó su vallado, para que fuera consumida; aportilló su cerca para que fuera hollada. Hizo que quedara desierta; no la podaría más, ni la cavaría, y dejó que crecieran en ella el cardo y los

espinos; a aún pidió que las nubes no derramaran lluvia sobre ella.” El labrador tuvo una gran razón para maldecir la viña: “Esperaba juicio, y he aquí vileza; justicia, y he aquí clamor.”

En Juan 15 Jesús nos dice: “Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador. Todo pámpano que en mi no lleva fruto, lo quitará, y todo aquel que lleve fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto.” “Yo soy la vida, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí; y yo en él, este lleva mucho fruto; porque separados de mi nada podéis hacer. El que en mi no permanece, será echado fuera como pámpano, y se secará; y los recogen y los echan en el fuego y arden.” Pero Jesús también le hizo una promesa a los que permanecieran en El: “Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedir todo lo que queráis, y os será hecho.”

Volviendo a Marcos capítulo 11 y hablando un poco sobre el Seminario de fe que Jesús le dio a sus discípulos, El les dijo: “Por tanto, todo lo que pidieréis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá.” A este seminario Jesús le añadió unas condiciones o más bien un mandato. Les dijo: “Y cuando estéis orando, perdonad, si tenéis algo contra alguno, para que también vuestro Padre está en los cielos os perdone a vosotros vuestras ofensas. Porque si vosotros nos perdonáis, tampoco vuestro Padre que está en los cielos os perdonará vuestras ofensas.”

Como te dije al principio “Nadie sabe lo que hay en la olla, sino el que la mueve.” Los que estamos alrededor no sabemos lo que hay en los demás, ni las intenciones que tienen al hacer las cosas. Es posible que en este momento Jesús esté pasando cerca de ti para hallar en ti fruto y no lo haya a pesar de estar aparentando ser un creyente fiel, pero el Maestro es el que mueve la olla, el Maestro es el que le echa los ingredientes al guisado, el Maestro es el que saca las especias que dan mal sabor a tu vida.

Tenemos una gran responsabilidad ante el Hacedor; El nos sembró, él nos ha limpiado y nos ha cercado para que demos fruto a tiempo y fuera de tiempo.

“Nadie sabe lo que hay en la olla, sino el que la mueve.” ¿Cuánto fruto estas llevando? ¿Eres un hermoso árbol con tan solo hojas? ¿Eres una hermosa viña que da frutos malos? ¿Eres un pámpano hermoso, pero sin frutos? O ¿Eres una espiga de trigo cargada de alimento?

**“NADIE SABE LO QUE HAY EN LA OLLA, SINO EL QUE
LA MUEVE”.**

MINISTERIO PALABRA DE RECONCILIACION

DESDE PUERTO RICO CON AMOR